

HOMENAJE A BION - VIGENCIA TEÓRICA Y CLÍNICA DE SU PENSAMIENTO^{1 2}

Pere Folch Mateu³

VISIÓN BINOCULAR: GRUPALIDAD Y SUJETO

Un homenaje incluye admiración y agradecimiento por un hombre y su obra: admiración por su capacidad creativa, innovadora, y por la belleza de su mensaje; reconocimiento, cuando eso que admiramos se inscribe poco a poco en nuestra práctica y nos facilita nuestra tarea, tanto en la cercanía con el paciente como en la capacidad de comprender la experiencia que hemos tenido con él en el curso del proceso terapéutico.

Muchos de nosotros estamos afectados e impregnados por el pensamiento de Bion, aunque lo hayamos incorporado y elaborado diferentemente con más o menos extensión, con preferencias y omisiones por los temas centrales de su enseñanza. El objetivo de este panel es poder exponer algunos de nuestros puntos preferidos de su obra magna, comentar el uso que hemos podido hacer de ellos, y ver si podemos llevar este uso más allá en un desarrollo que está ya prefigurado en la potencialidad creativa de nuestro autor.

El tema que yo querría tratar hoy es de una extensión imprevisible en la dimensión teórica y técnica, aunque esté contenida, condensada, como tantas ideas de Bion, en la simplicidad aparente de una metáfora: la de *la visión binocular*. Un concepto que pertenece tanto a las dimensiones técnica como teórica, es una ayuda para *practicar* y desarrollar una mejor proliferación de los contenidos de la experiencia, tanto dentro como fuera de la sesión.

La práctica de la visión binocular no se puede llevar a cabo como un acto voluntario. No nos podemos poner a pensar y a sentir deliberadamente desde dos posiciones mentales más o menos contrapuestas. Pero si nos situamos delante del paciente con aquel estado mental recomendado de sin memoria ni deseo, fomentamos la movilidad de emociones y pensamientos, y su confluencia desde áreas más o menos distantes de nuestro mundo interno. Esta confluencia es muy improbable cuando la memoria y el deseo seleccionan y, por decirlo así, focaliza la mente en direcciones poco flexibles.

Esta visión binocular supone la conjugación de dos vértices de una misma experiencia. Puede ser que la forma más elemental de esta conjugación es la convergencia de realidad de fuera y realidad de dentro, el punto de encuentro de dentro y fuera, de eso que percibimos de la realidad externa, y eso que sentimos que emerge de dentro de nosotros en forma de apetencia, rechazo, satisfacción o temor. Las cualidades percibidas del mundo externo están tan impregnadas de cualidades intrínsecas del sujeto que las capta, que uno podría decir que la una y la otra -realidad de fuera y realidad de dentro- se reflejan recíprocamente. De esta manera una emoción surgida de la interioridad, para expresarse ha de encontrar una indumentaria sensorial que le dé un significado; y a la inversa, un impacto perceptivo o sensorial se ha de poder enlazar con el mundo de dentro para que adquiera sentido.

En la situación clínica, eso se expresaría diciendo que una emoción o una fantasía inconsciente sólo podemos verlas reflejadas, transferidas en una realidad externa. La contrapartida se da cuando constatamos que el conocimiento o la comprensión de lo que nos dice un paciente sólo se puede asumir si la observación de lo que hace y de lo que dice se combina con la resonancia que en nosotros promueve, y con la particular cualidad de emociones que desvela.

1 Trabajo inédito [1997]. Publicado originalmente en: *The Poetry of the World in Psychoanalysis. Selected Papers of Pere Folch Mateu*. Ed. por J. O. Esteve y Jordi Sala. London: Routledge, 2023.

2 Traducido por Mabel Silva, Psicóloga. Psicoanalista. Miembro Titular de la Sociedad Española de Psicoanálisis (SEP), Miembro Asociado de la Asociación Psicoanalítica Chilena (APCh)

3 † Psiquiatra y Psicoanalista Catalán, cofundador de la Sociedad Española de Psicoanálisis. Autor de una extensa obra psicoanalítica, tanto teórica como clínica. Maestro y Analista Didacta del Instituto de Psicoanálisis de Barcelona, donde ejerció por más de 50 años..

Esta paradoja que la interioridad se tenga que conocer a través de su conjugación transferencial con la realidad externa y que la realidad externa se ha de conocer mirando hacia adentro o sintiendo la resonancia que lo externo ha promovido dentro de nosotros, ha encontrado diferentes enunciados en psicoanálisis. Este punto fecundo de encuentro entre el fuera y el dentro, entre realidad psíquica inconsciente y mundo de la percepción-conciencia, se ha adscrito a esta área que desde Freud llamamos *preconsciente* y que Bion en su propia conceptualización, ha descrito como *pantalla Alfa, barrera de contacto* entre consciente e inconsciente. Esta barrera no sólo evita la confusión entre uno y el otro, sino por así decirlo permite que el uno y el otro se relacionen sin confundirse (barrera), pero sin dispersarse (contacto). Podríamos decir que la pantalla alfa permite una distancia óptima en que consciente e inconsciente, mundo de fuera y mundo de dentro, se signifiquen recíprocamente. El resultado de la *visión binocular*, de esta correlación de dentro y fuera, se acerca bastante a las condiciones necesarias para la formación de símbolos, es decir, a una distancia óptima en que aquella significación recíproca pueda tener lugar.

La metáfora de la *visión binocular*, tan emparentada con la de los *vértices múltiples*, se aplica a fenómenos tan elementales como el reconocimiento de un objeto a partir de diferentes sentidos (proporcionando el sentido común o la singularidad del objeto percibido a través de dos o más canales perceptivos). Se aplica también a las complejas situaciones clínicas. En efecto, la experiencia que el psicoanalista tiene en la sesión, le viene dada por su doble condición de participante y observador. Participación y observación serían los dos vértices mediante los cuales se originaría una visión binocular de la situación relacional con el paciente.

La metáfora de la visión binocular para facilitar las posibilidades cognitivas de una experiencia alude al modelo geométrico o espacial de dos puntos de vista, pero también a la cualidad inconsciente de los dos vértices, tal como se da en la concreta imagen óptica compuesta inconscientemente de la percepción visual derecha e izquierda. De la misma manera que la imagen visual única no permite descifrar los componentes, es decir, las imágenes parciales del ojo derecho y el izquierdo, así también la representación de una experiencia no permite descifrar los elementos exógenos, perceptuales, de los elementos endógenos emocionales, que se han conjugado en el rendimiento singular de la representación.

El modelo o la metáfora de la visión binocular concierne a la realidad clínica y técnica que el psicoanalista experimenta y fuera de la cual se forma una representación. Es evidente que esta representación dependerá de la capacidad de visión convergente de más de un punto de vista o, en sentido negativo, de las escisiones que perturben la producción de aquella convergencia.

Con esta breve intervención, yo quisiera señalar otra conexión, quizás imperativa, que requiere el uso de visión binocular: el vínculo entre la experiencia terapéutica grupal

y la terapia individual clásica, entre la mente grupal y la mente individual, entre el sector grupal-gregario y el sector individual de la personalidad, si no nos espantan los neologismos, entre *grupalidad* y *subjectalitat*⁴.

La práctica de la psicoterapia analítica de grupo, según las directrices de Bion de comprender los movimientos del grupo como un todo, ha permitido una profundización en la comprensión de la dinámica de la mente individual. Las dos prácticas -análisis individual y análisis grupal- se han complementado y yo pienso que se han influido recíprocamente. En particular, los psicoanalistas que cultivan los dos métodos tienen ocasión de verificar las correspondencias entre la esforzada convivencia de los miembros en la unidad del grupo y la difícil subjetivación por parte del paciente individual del conjunto de facetas del self y de sus objetos. Estas facetas se traducen, en la clínica, en actualizaciones transferenciales diferenciadas y que son, a veces, difíciles de integrar; hecho que supone un funcionamiento psíquico poco unitario, en ciertos momentos, aun cuando el sujeto se pueda sentir integrado en otros momentos.

Por otra parte, los movimientos clínicos del grupo, llevados a término por una serie de individuos que se encuentran en el encuadre de la terapia grupal, se producen según una dinámica para la comprensión de la cual fue necesaria la genialidad de Bion. Fue él quien nos ha mostrado que la manera de comprender la concurrencia de estas ocho o nueve personas era concebirla como formando parte de un conjunto, de una entidad singular -el grupo- que funciona como una mente poco o muy diferenciada en objetos y funciones, entre los cuales se establecen movimientos equiparables a aquellos que construimos para explicarnos el desarrollo de una mente individual.

Bion, al interesarse en la investigación de los grupos, descubrió en el movimiento clínico de las sesiones grupales un particular tipo de interacción entre sus miembros, que evocaban los movimientos intrapsíquicos, virtuales, entre diferentes partes del *Self* y de los objetos internos del paciente individual.

Si el paciente individual es comprendido en la interpretación como una pluralidad intrapsíquica en conflicto, la pluralidad de individuos en el grupo es comprendida como una individualidad mítica -el grupo- que afronta los conflictos y angustias con particulares pautas defensivas, con todo el repertorio de supuestos básicos.

Para lo que me interesa plantear, no entraré en precisiones técnicas. Hay suficiente con señalar esta particular correspondencia y correlaciones cruzadas entre la pluralidad de la mente del individuo y la unicidad con que se configura el encuentro del grupo en el *setting* y la técnica del análisis grupal. Bion nos hace ver el contraste de estos dos órdenes de experiencia: a) la del individuo inserto en la dinámica de un grupo, y b) las características grupales o tribales de la mente individual.

4 N.T. He mantenido en catalán la palabra "subjectalitat", porque el diccionario la validaba igual que "subjetalidad" y era más fiel al autor

El grupo se registra, en su funcionamiento, con unos elementos o miembros que interactúan confundiendo, disgregándose o atacándose, movidos por ansiedades cataclísmicas de fragmentación, de confusión, de desrealización. Estas ansiedades reclaman punzantemente recursos y organizaciones defensivas, que Bion ha descrito como supuestos básicos del grupo. Pero, al igual de lo que sucede en la mente del psicótico, estas defensas son tan graves como las ansiedades que las promueven; por eso los supuestos básicos no son nunca rígidos y se van sucediendo en ciclos repetitivos. Ahora bien, el grupo no se agota en esta elementalidad, sino que es capaz, en una evolución satisfactoria, de funcionar sobre la base de una cooperación de los individuos que la componen.

Al señalar esta distinción entre el grupo de supuestos básicos y el grupo de trabajo, coexistiendo con sinergia, aislamiento o colusión, Bion (1952) señala en el grupo una diferenciación semejante a la que establecerá unos años más tarde (1957) en su trabajo sobre la diferenciación de la personalidad psicótica y no psicótica. El grupo de supuestos básicos coincidiría en muchos aspectos con el funcionamiento de la mente psicótica; al contrario, el grupo de trabajo puede funcionar según el modelo estructural de la mente adulta, la individualidad que reposa en un amplio intercambio de sus diferentes elementos, cuando prima entre ellos un régimen de diferenciación y de libertad de relación entre diferentes partes del *self* y los objetos internos (Klein, 1958).

La investigación continuada en psicoanálisis individual, análisis grupal, análisis de niños muy pequeños, observación sistemática de bebés, tratamiento de niños autistas y estudios pre y posnatales, han hecho pensar en una vida proto mental o somato psicótica. Correspondería a formas muy incipientes de vida mental, previas a la simbolización, al pensamiento significativo, que se encuentran más cerca de los tropismos, de las valencias, que de una nítida representación y reconocimiento del objeto y del *Self*. Para Bion sería un estado próximo a ciertos aspectos del estadio del narcisismo primario, de Freud.

Estos niveles de vida proto mental, tan vinculada a las experiencias perinatales y a los balbuceos del descubrimiento del objeto, no encajarían con los requerimientos y las vicisitudes de la individuación con un comportamiento autónomo. La intolerancia al reconocimiento de la problemática individual, de la soledad existencial y del conflicto con la alteridad, llevarían al individuo a ampararse en una vida gregaria, a una adaptación a las pautas dictadas por el sistema, por las costumbres y por la cultura; unas pautas limitadas por un pensamiento tecnificado y operatorio (Meltzer, 1986; Marty, 1990), donde naufragarían nuestras difíciles posibilidades como individuo. Las experiencias de vida bajo estas condiciones, fluctuarían al tenor de los supuestos básicos vigentes y se expresarían también en respuestas corporales de adaptación, de disfunción, o de somatización letal. Bion nos lleva a concebir el conjunto de la personalidad con nuevas dimensiones, con diferenciaciones que no se explicitan plenamente con la conocida

distinción de una parte neurótica y una parte psicótica. Podríamos contrastarlas como *grupalidad* y *subjectalitat de la mente* o, si se quiere, sector tribal y sector individual. La construcción de este modelo se inspiraría en la conducta exhibida por personalidades narcisistas fronterizas, que dramatizarían en sus acciones externas la disyunción de su realidad psíquica; también en las formas estereotipadas de normopatía (McDougall, 1989) -que se han descrito, tiempos atrás, en los pacientes llamados "psicosomáticos", en los rasgos autísticos que coexisten en comportamientos y síntomas aparentemente neuróticos. El trastorno del pensamiento, su concretismo, su carácter de prestado, tecnificado por aprendizajes miméticos, parece estar al servicio de una defensa primaria, que obvia la azarosa tarea del individuo de un perderse y recuperarse como sujeto, en la continua experiencia de sí mismo y de los otros.

Así entonces, *esta grupalidad* y *subjectalitat* estaría presente en todo individuo, y el conjunto de la personalidad dependería de la particular vinculación entre la una y la otra, de la conjunción armoniosa, de la confusión o de la disyunción extrema entre uno y otro funcionalismo psíquico. En la primera, venturosa comprensión, la grupalidad tendría un efecto constructivo sobre la individualidad; en cambio, cuando grupalidad y subjectalitat se confunden o se disocian, el individuo no puede asumirse como un sujeto de su grupo interno (*Self* y objetos internos a niveles parciales y totales), y se comporta como un autor Pirandelliano que no puede dar secuencia, ni coherencia a los personajes de su dramática interna. Más bien al contrario, vive la presión angustiante de su propia grupalidad e, incapaz de metabolizar y significar esta angustia y el dolor mental ineludible, se inclina hacia las relaciones de complicidad con otros individuos en una versión simplificada de los propios conflictos negados; o se ampara en las ofertas del grupo social (espectáculos deportivos, bandas urbanas, sectas de cualquiera ideología) que tienen sus propios códigos internos. Esto le eximiría de la dura exigencia de llevar adelante la propia individualidad. El grupo externo se haría cargo de las ansiedades más primitivas y las socializaría, por ejemplo, con los grupos rivales, los cuales justificarían la propia ansiedad y destructividad; o se la ahorrarían con las proposiciones idealizadas de la cultura de un grupo.

La comprensión del conjunto de la personalidad ha de tener en cuenta este estado de coexistencia de los dos sectores -grupales y subjetivos-. Eso requiere pensar en la vida representativa y fantasmática, por una parte, y la relación externa de objeto por la otra, desde los dos vértices de la individualidad y de la grupalidad. Tener en cuenta los dos vértices ha de permitir una visión binocular de los rendimientos relacionales del funcionamiento psíquico y de sus perturbaciones.

Pero ¿cómo se asume esta conjugación de vértice tribal y vértice individual que ha de procurar la visión binocular deseada? La vinculación de uno y otro vértice se ha de conseguir con el establecimiento de correspondencias, de isomorfismos, de analogías entre ellos dos. Así considerada, la adquisición de la visión binocular supone la creación

de una relación simbólica entre uno y otro vértice, en cierta manera una relación transferencial metafórica, que acerca y coordina elementos de dos sistemas -el grupal y el subjetivo- que antes de la construcción simbólica quedaban aislados.

Cuando el analista del grupo interpreta el conjunto de movimientos que se dan en la sesión en una actitud que él singulariza con el nombre de *grupo*, asume de hecho un papel, una función que se despliega en toda personalidad mínimamente integrada. Dicho de otra manera: no se trata de sí, con nuestra comprensión del grupo, hacemos esta transposición de la mente del individuo a una supuesta mente grupal; lo que quiero decir es que el funcionalismo psíquico tiene unas formas de producción equiparables a la grupalidad y también otras equiparables a la individualidad hecha sujeto.

El vínculo entre uno y otro sector o modelo funcional de la mente se ha explicado a veces como una relación continente -contenido entre partes muy primitivas de la mente que, de todas maneras, tienen un acceso a la expresión verbal; como si la parte más evolucionada del individuo tuviera la gracia de captar sus aspectos más primitivos y formalizarlos. E. Jaques (1970) piensa que en eso se basa la diferencia entre el neurótico y el psicótico: el neurótico sería capaz de hacerse cargo y dar expresión en términos realistas a la parte psicótica.

En la literatura más reciente también se postula que formaciones prototípicas de la realidad psíquica encontrarían forma y expresión en sueños, cuyos contenidos corresponderían a un área mental preverbal, y que supondría la simbolización de lo preverbal o proto mental (Bion Talamo, 1992).

Grupalidad y subjectalitat no habrían de ser consideradas como antitéticas, ni tan solo como un movimiento progresivo o regresivo del individuo. Más bien me parece que podrían comprenderse como formando parte de un ritmo secuencial de la mente al estilo de la oscilación PS<—>D. El individuo con frecuencia no se da cuenta de este tránsito en su mente que se inicia con la sucesión de escenarios, representaciones figurativas de los otros y de las cosas, representaciones animadas por la actualidad del flujo senso-perceptivo y que determinan a la vez la selección y la cualidad de la realidad percibida. En este primer tiempo de la secuencia el individuo es vivido por sus propios contenidos dramatizados, está inmerso y diseminado en los personajes de su mundo interno. Pero, en un segundo tiempo de la secuencia, sale de la inmersión, toma distancia y se constituye como un sujeto que se explica y proclama como un portavoz de su propio drama, esto que tiene lugar en él y es su toma de posición. El estilo de la grupalidad es el flujo dramático de los escenarios oníricos sucesivos y simultáneos que forjados en el inconsciente ingresan en los moldes del proceso secundario, en un recitativo o en una aseveración más o menos convulsiva. Esta recuperación del sujeto como un formulador de su propia dramática me parece que corresponde al segundo movimiento PS<—>D,

es decir, a la coordinación de personajes de la dramática interna, por la gracia de uno o diferentes hechos seleccionados que dan coherencia a las interacciones de la grupalidad. Eso supone que el individuo se reencuentra unitario como un sujeto de lo que en él vibra y palpita. El pensamiento dramatizado es exuberante, expansivo, lábil en su acumulación de imágenes, en cambio, la narrativa que se ha amoldado al discurso confiere una secuencia ordenada y más concisa a la cualidad sin forma de unos escenarios donde interactúan unos y otros contenidos de la mente. La recuperación depresiva de la individualidad es el contrapunto sistólico, consistente y compacto de la formación simbólica, en respuesta a la proliferación laxa y dispersa del movimiento PS de la grupalidad.

Esta oscilación del carácter de la vivencia -desde la inmersión en los escenarios de la fantasía, a la recuperación del sujeto en la doble cualidad de participante y observador -afecta también al estilo de la interpretación, tanto la que se formula en la terapia individual como en la terapia de grupo. La interpretación dada al paciente frecuentemente rompe su narrativa y pone en relieve una dramática, que es aquella que protagonizan paciente y analista en la actualidad de la sesión.

En la terapia de grupo vemos con más frecuencia la transposición de un estilo dramático de comunicación por parte de los diferentes miembros, que es recogido en forma discursiva por el terapeuta.

Vemos al grupo como una mente carente del sujeto que la narra y narra su desarrollo; el grupo con unos actores o personajes sin el Yo-autor de la narrativa que los vincule en una sucesión temporal coherente. Este Yo sujeto tiene una doble relación con el escenario de la mente. Si, por una parte, procesa y transforma la experiencia interna desde un lenguaje icónico, de representaciones concretas en una descriptiva que da sentido a la dramática, por otra parte, este Yo, este sujeto, no puede vivir instalado perpetuamente en su discurso y necesita de unos personajes para poder significar la variada gama de sentimientos y de afectos que experimenta. Es un autor en busca de personajes. El nivel de angustia determinará si ese ir hacia los otros es una colusión o, al contrario, es algo cooperativo en beneficio del grupo de trabajo.

Veo el binomio grupalidad-subjectalitat como una sinergia próxima, aunque no coincidente, de oscilación PS<—>D, pero sería como una alternancia de dos momentos necesarios y deseables para promover una dinámica provechosa para el desarrollo.

En el encuadre de la terapia de grupo es evidente que cuando el terapeuta puede asumir la función narrativa que describe la dramática del grupo, sus palabras organizan y condensan la multiplicidad de interacciones que se han producido en el grupo, y se convierte en el sujeto colectivo que él encarna en la interpretación. De hecho, el analista en el *setting* clásico individual se sitúa describiendo y reconstruyendo una dramática grupal de la mente del analizado,

oscurecida por las escisiones (splittings) y las denegaciones. Esta reconstrucción supone la visión binocular que se ha de obtener uniendo dos vértices desde los cuales consideramos la situación con el analizado. El ejemplo de E. O'Shaughnessy (1983), uniendo su visión desde H hasta K es una muestra ejemplar de esta visión binocular.

Otra muestra es el vínculo que he tratado de establecer entre el vértice de la grupalidad y el de la subjectalitat, con sus variantes estilísticas dramáticas y narrativas. Una buena parte de las actuaciones fuera de la transferencia, en el grupo familiar o social, pueden ser comprendidas como un colapso de la subjectalitat, que encuentra refugio en la colusión del sector grupal del individuo con el grupo fáctico que le ayuda a drenar tensiones internas.

Entre las grandes aportaciones de Bion al psicoanálisis, he querido señalar los conceptos de visión binocular conseguidos con la aportación de vértices. Para que eso sea posible, Bion nos ha señalado, como condición imprescindible, la práctica de una atención flotante, entendida como una libertad ilimitada de pensamiento que nos permita navegar entre porciones escindidas de la mente: por "lo desbocado innumerable", que nos diría el poeta Carles Riba. Por eso hace falta seguir esta difícil proposición de "sin memoria ni deseo". El reconocimiento a Bion y la gratitud que en este homenaje queremos tributarle deriva no sólo de las ofertas tan sugerentes de sus conceptos y modelos. Arranca de su remarcable sinceridad al expresarnos sus dificultades, como un analista en funciones, para seguir sus propias indicaciones técnicas; le agradecemos finalmente su ánimo para caminar por la incertidumbre, antes de poder construir el símbolo en la sesión y de poder construir un cuerpo de teoría que permita hacer del psicoanálisis una ciencia cada vez más independiente.

Bibliografía

- 1 Bion, W. R. [1952]. Group dynamics: A re-view. *International Journal of Psycho-analysis*, vol. 33, 235-247.
- 2 Bion, W. R. [1957]. Differentiation of the psychotic from the non-psychotic personalities. *International Journal of Psychoanalysis*, vol. 38, 266-275.
- 3 Bion Talamo, P. [1992]. The creation of mental models: Basic and ephemeral models. Re-published in Bion Talamo, P. et al., *Maps for Psychoanalytic Explorations*, Routledge, London [2019].
- 4 Jaques, E. [1970]. *Lavoro, creatività e giustizia sociale*. Boringhieri, Torino [1978].
- 5 Klein, M. [1958]. On the development of mental functioning. *International Journal of Psychoanalysis*, vol. 39, 84-90.
- 6 Meltzer, D. [1986]. *Studies in Extended Metapsychology: Clinical Applications of Bion's Ideas*. Clunie Press, London.
- 7 Marty, P. [1990]. *La psicósomática del adulto*, Amorrortu Editores, Buenos Aires [1992].
- 8 McDougall, J. [1989]. *Theaters of the Body: A Psychoanalytic Approach to Psychosomatic Illness*. W. W. Norton, New York.
- 9 O'Shaughnessy, E. [1983]. Words and working through. *International Journal of Psychoanalysis*, vol. 64, no. 3, 281-289.